

Revista *El Museo Canario*. Portada del tomo I.  
Hemeroteca de El Museo Canario

### El primer número de la revista *El Museo Canario*

Uno de los elementos que identifican el Centro de Documentación de El Museo Canario entre las colecciones documentales del archipiélago es su nutrida hemeroteca, que desde 1879 trata de incorporar cualquier publicación periódica editada en Canarias o de interés para las islas. 140 años de incorporaciones ininterrumpidas, en los que se ha puesto tanto interés en recoger publicaciones corrientes como en localizar impresos de tiempos pasados, han hecho que esta hemeroteca se constituya en la actualidad como un recurso ineludible para investigadores y curiosos interesados en repasar cualquier aspecto de la vida en los últimos siglos, incluyendo avatares políticos, económicos, filosóficos, literarios o ideológicos, e incluso acontecimientos cotidianos de carácter aparentemente banal pero que, pasados los años, se convierten en certeros retratos de la vida cotidiana.

Como es lógico, la mayor parte de esta colección hemerográfica está conformada por publicaciones editadas por instituciones, entidades, particulares, empresas o imprentas completamente ajenas a El Museo Canario. Periódicos, revistas populares o profesionales, anuarios, memorias... que son fruto de la responsabilidad de los más variados productores. Sin embargo, la propia Sociedad Científica también es productora de publicaciones periódicas. Al cumplirse 140 años de la





apertura de la primera exposición permanente del museo se cumple también idéntico aniversario de la publicación del primer número de la revista *El Museo Canario*, que nació como órgano de comunicación de la institución y que, con diferentes etapas marcadas por los vaivenes de la economía y por los avatares sociopolíticos, continuó publicándose hasta completar la primera década del siglo XXI.

### De la creación de El Museo Canario al nacimiento de su revista

Tal y como relata Agustín Millares Torres en sus *Notas y recuerdos*<sup>1</sup>, antes de la creación de la Sociedad Científica El Museo Canario ya se estaba hablando entre los miembros de la élite intelectual burguesa de Las Palmas de la necesidad de crear un centro científico y cultural a la altura de los que se estaban creando en Europa. La organización de un gabinete de historia natural, por ejemplo, era una larga aspiración del Gabinete Literario, y Millares ya había abogado con frecuencia por ella desde la tribuna que le proporcionaba el periódico que dirigía, *El ómnibus*<sup>2</sup>. Finalmente, fue el propio Millares, en julio de 1879, quien dio los primeros pasos para la creación del centro, convocando en su casa a “un número considerable de personas ilustradas para fundar un Museo y Ateneo”. Sin embargo, la división que surgió entre los partidarios de estas dos opciones –museo y ateneo– llevó a que algunos de los asistentes se decidieran a tomar la iniciativa puentesando a esa asamblea de ilustrados, cuyas discusiones podían haberse prolongado hasta hacer fracasar el proyecto. Así, Gregorio Chil, Víctor Grau-Bassas y Diego Ripoché entregaron a las autoridades civiles un reglamento inicial, que fue inmediatamente validado, y convocaron una reunión fundacional que tuvo lugar el 2 de septiembre en el domicilio de Amaranto Martínez de Escobar. Millares, contrariado, no formó parte de esta reunión por no traicionar a quienes asistieron a su primera convocatoria, de forma que, inicialmente, el promotor del proyecto había quedado al margen de la iniciativa.

<sup>1</sup> MILLARES TORRES, *ca.* 1950, p. 53.

<sup>2</sup> NARANJO, 2016.

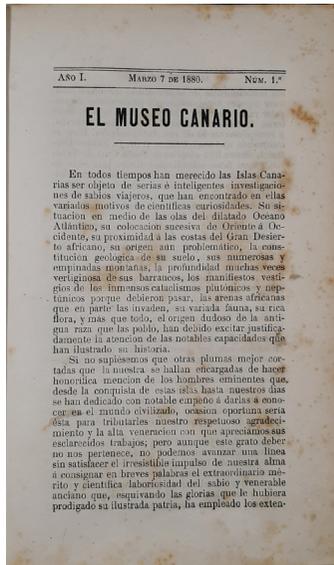
Los arduos trabajos destinados a que la nueva Sociedad Científica inaugurara un museo en unas dependencias cedidas por el ayuntamiento, acontecimiento que se celebró el 24 de mayo de 1880, evidenciaron muy pronto la necesidad de crear una publicación que sirviera como órgano de comunicación oficial de la entidad. Así, en septiembre de 1879 las actas de la Junta Directiva ya recogen la necesidad de fundar una revista de ciencias, literatura y artes, y consecuentemente en la misma sesión se nombró una comisión para lograrlo, integrada por Juan Padilla, Gregorio Chil y Amaranto Martínez de Escobar. Un mes más tarde, este equipo presentó una propuesta económica para estampar una revista quincenal, pero el precio de 155 pesetas resultó muy elevado para la capacidad de la nueva sociedad científica y se decidió iniciar conversaciones con Antonio Cabrera, gerente de la imprenta La Atlántida, y solicitar al mismo tiempo alguna ayuda económica del ayuntamiento de la ciudad.

El lento y complejo proceso de organización para crear esta nueva revista desembocó unos meses después en una sesión de la Junta Directiva de El Museo Canario que resultó decisiva para esta cuestión y para alguna otra. A esta sesión, reunida el 17 de febrero de 1880, asistió Agustín Millares como invitado, dado el interés que podría tener su asesoramiento como persona especialmente culta y experimentada en la gestión de publicaciones periódicas<sup>3</sup>, y este aprovechó la oportunidad para expresar formalmente su malestar con la institución. Aclarada su postura, la junta le ofreció que formara parte de la sociedad y lo registró como Socio Fundador, de manera que la revista *El Museo Canario*, aún en periodo de gestación, sirvió a Millares Torres como puerta de entrada a la institución de la que fue primer impulsor<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Agustín Millares Torres había pertenecido a los equipos de redacción de varios periódicos, y fue director de algunos tan destacados como *El porvenir de Canarias* (1852-1853), *El ómnibus* (1855-1868) o *El canario* (1859-1860).

<sup>4</sup> REGUEIRA BENÍTEZ, 2017.

De aquella reunión surgió la definitiva voluntad de crear la revista, y fue el mismo Millares el que asumió su dirección como muestra de su decidida identificación con la sociedad. De hecho, su implicación fue tan activa que el 7 de marzo siguiente ya estaba en la calle el primer número de *El Museo Canario*.



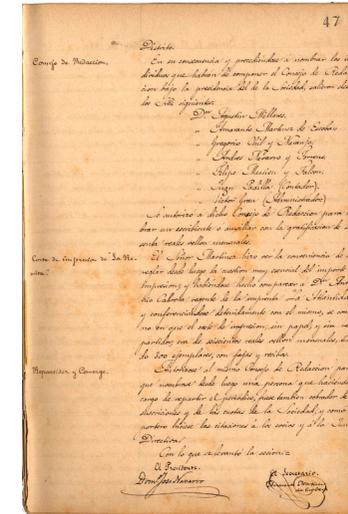
### *El Museo Canario*, Año I, Núm. 1.º

La periodicidad de la nueva revista se estableció inicialmente como quincenal, aunque el tiempo, los altibajos económicos y el desigual ritmo de las investigaciones irían modificando los intervalos de publicación a lo largo de las décadas siguientes, de manera que al finalizar la última de sus etapas, en el año 2010, hacía mucho tiempo que mantenía periodicidad de anuario<sup>5</sup>. En cualquier caso, en la citada sesión de la junta en la que Agustín Millares entró como invitado y salió como socio fundador, se estableció que la revista tenía que estar en la calle los días 7 y 22 de cada mes, de manera que pudieran embarcarse los ejemplares pertinentes

<sup>5</sup> La revista *El Museo Canario* publicaría un último número, correspondiente a 2011, que sería editado y distribuido únicamente de forma digital.

en los vapores correos que salían hacia la península y el extranjero los días 8 y 23.

La impresión, finalmente, se haría en la citada imprenta La Atlántida, que cobraría 600 reales de vellón cada mes por imprimir 300 ejemplares de 32 páginas en 4º, con sus fajas y los recibos correspondientes.



Actas de la Junta Directiva de El Museo Canario. 17 de febrero de 1880. ES 35001 AMC AMC-4914.

Como era (y sigue siendo) norma habitual en las nuevas publicaciones, el número inicial de *El Museo Canario* se abrió con un artículo editorial en el que se resumían las líneas generales por las que habría de regirse este órgano de comunicación. Con la firma del presidente de la Sociedad Científica, Domingo José Navarro Pastrana, este editorial dejaba clara desde el principio la vocación multidisciplinar de la institución y de su revista oficial, pues repasaba con cierto pormenor las disciplinas científicas y humanísticas mercedoras de su interés: geografía, geología, orografía, fauna, flora, poblamiento humano, historia, letras, artes... De forma destacada figuran en esta relación de intereses las personalidades ("*hombres eminentes*", dice de forma textual) que desde



la conquista han dedicado sus empeños a dar a conocer las islas “*en el mundo civilizado*”. Pone de ejemplo un único nombre, el de Sabino Berthelot, uno de los primeros socios de honor de El Museo Canario y representante, en este caso, de todos los que se han ocupado de estudiar con rigor cualquier aspecto del archipiélago.

El artículo editorial continúa haciendo referencia a todo lo que falta por saber sobre las islas, poniendo de manifiesto la necesidad de profundizar en los estudios regionales. Es esta ansia de conocimiento lo que justifica la propia idea de crear El Museo Canario como centro científico “*desde donde metódicamente saliesen distribuidos los trabajos y partiesen las nuevas investigaciones*”, y en esta línea el presidente no puede eludir referirse a las dos principales colecciones que la nueva sociedad ya estaba reuniendo para ello y que acabarían por conformar los dos grandes pilares de su valor patrimonial: un gabinete de historia natural con objetos arqueológicos y una biblioteca “*donde figuren en lugar distinguido todas las producciones antiguas y modernas que tratan de las Canarias*”.

El editorial concluye con el agradecimiento a todas las personas que en aquel contexto estaban manifestando sus felicitaciones y buenos deseos por el proyecto de El Museo Canario, lo cual daba pie a su redactor para solicitar de “*todos los amantes del progreso civilizador*” un apoyo más activo, que habría de plasmarse en la colaboración con la publicación que estaba naciendo aquel 7 de marzo de 1880, pues “*este utilísimo propósito dejaría de producir los resultados que todos apetecemos, si las numerosas personas ilustradas de esta provincia no se prestan a favorecer y dar variedad e importancia a la Revista con su inteligente colaboración*”.

El contenido multidisciplinar que se anunciaba para la revista puede entreverse ya en este primer número. Así, tras el editorial del presidente Navarro, el artículo inaugural de la publicación es la primera parte de un trabajo del director del museo, Gregorio Chil y Naranjo, titulado

“Antropología” y destinado a repasar las bases de esta nueva disciplina científica de la que el propio autor era ya una eminencia internacional. Este artículo, en el que sin duda se manifiesta el claro sesgo raciológico del que adolecía la antropología en sus primeros tiempos, se presenta como una base fundamental en la revista, puesto que muchas de las más de 25 000 páginas que acabarían componiendo la colección completa de esta publicación estarían relacionadas de una u otra manera con el desarrollo del conocimiento antropológico. Esta contribución del doctor Chil a la revista no fue más que el primero de una larga serie de artículos dedicados a los temas de su interés (historia, antropología, medicina...), entre los que también habría que incluir algunas crónicas de excursiones arqueológicas y los discursos que dictaba en los actos anuales de conmemoración del propio museo, los cuales siempre tendrían cabida en la publicación.

Otro de los autores que siempre tendrían cabida en la revista sería su responsable último, el citado Agustín Millares, que sucede a Chil en el índice del número 1. Su contribución, titulada “El cenobio de Valerón”, no tiene demasiadas pretensiones arqueológicas, pero sí, como cabría esperar del autor, historiográficas. En este sentido, Millares recupera un texto de Pedro Agustín del Castillo sobre el yacimiento guinense y trata de plantear las diversas teorías sobre su significado, pero ni siquiera en este caso trata de fijar ninguna conclusión. El artículo tiene especial valor porque resulta muy descriptivo cuando se centra en el entorno y porque fue redactado en el tiempo en que se concluía la nueva carretera destinada a sustituir el incómodo camino real en su tramo de la Cuesta de Silva, una obra de ingeniería dirigida por Juan León y Castillo que, pese a su practicidad, vino a cambiar radicalmente la fisonomía del enclave. De hecho, León y Castillo llegó a trazar el camino desde la nueva carretera hasta el yacimiento para facilitar la excursión de Millares que dio pie a este artículo.



Agustín Millares Torres, director de la revista *El Museo Canario*.

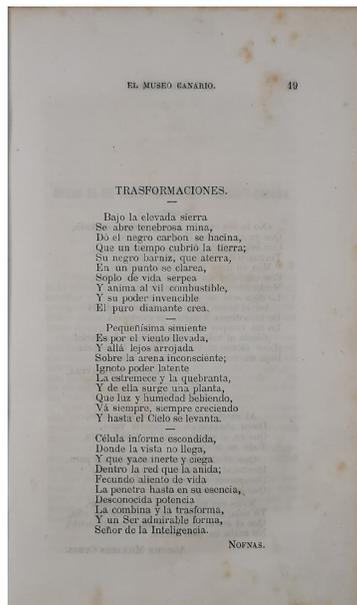
Las páginas siguientes de aquel número inaugural están dedicadas a la Exposición Provincial de 1883, un proyecto que se estaba poniendo en marcha en aquel momento y que pretendía revivir el éxito de una exposición similar que se había celebrado en 1862 para promocionar las artes, el comercio, la agricultura y las industrias en Canarias. En esta ocasión la excusa era conmemorar el cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Las Palmas con la presencia de representantes de todo el archipiélago, y la razón de que se comenzara a organizar el evento con tanta antelación obedecía a la necesidad de planificar y llevar a cabo algunas mejoras urbanísticas en la ciudad. El autor de este llamamiento a la colaboración para llevar a buen término el proyecto fue Felipe Massieu y Falcón, que firmaba únicamente con sus iniciales, F.M.F. Socio fundador de El Museo Canario, Massieu había sido alcalde en varias legislaturas y volvería a serlo con posterioridad en varias ocasiones, una de ellas en el periodo 1881-1883, por lo que su mandato podría haber

concluido con este importante acontecimiento. Sin embargo, el proyecto de organizar la exposición provincial fracasó finalmente pese al compromiso inicial de las instituciones civiles, militares y eclesiásticas, al decidido apoyo de la prensa y a la opinión favorable de la ciudadanía. A propósito de este fracaso podría leerse más tarde en el periódico *El pueblo*: "... este es el país de los proyectos donde toda iniciativa se pierde en el vacío"<sup>6</sup>. Sea como sea, este artículo de Felipe Massieu anunciaba que El Museo Canario ya había ofrecido su colaboración desinteresada a la junta organizadora de la exposición, y en la misma línea irían algunos otros artículos sobre este mismo tema que aparecerían en la revista de la sociedad científica mientras el proyecto seguía en marcha.

Las páginas siguientes de la revista *El Museo Canario* estuvieron dedicadas a la poesía, muestra de la referida vocación pluridisciplinar de la publicación y, en última instancia, de la visión humanística de Agustín Millares Torres. De hecho, dos de los tres poemas que se insertan se deben a la sensibilidad literaria de dos de los hijos de don Agustín: Dolores y Agustín Millares Cubas. La primera no utiliza su nombre para firmar su composición, sino que se oculta bajo el pseudónimo *Nofnas*. Se trata de una autora muy desconocida en el panorama literario de las islas, puesto que su obra (salvo esta única excepción) no fue publicada durante su vida en tipos de imprenta y permaneció oculta hasta que Myriam Álvarez, siguiendo las investigaciones previas de Lola de la Torre, nieta de la autora, la rescató del olvido en 2005, precisamente en las páginas de *El Museo Canario*<sup>7</sup>.

<sup>6</sup> *El pueblo: periódico democrático* (Las Palmas de Gran-Canaria, 22 de agosto de 1883), pp. 1-2.

<sup>7</sup> ÁLVAREZ MARTÍNEZ (2005).



“Transformaciones”, poema firmado por *Nofnas*, y la autora que se escondía tras el pseudónimo, Dolores Millares Cubas.

El poema de Dolores Millares que aparece en este número de la revista, compuesto por tres espinelas, se titula “Transformaciones”, y versa sobre la metamorfosis desde el punto de vista del espiritismo. Precisamente el espiritismo fue una afición (y una convicción) por la que la autora se había dejado llevar desde el tiempo en que vivió en Barcelona, recién casada con José Champsaur Sicilia. Curiosamente, en el tema espiritista podemos entrever hoy un sesgo profético, pues Dolores Millares habría de fallecer apenas dos meses después, el 26 de mayo, por diversas complicaciones derivadas del parto de su hija, que había nacido en abril. Como anécdota luctuosa se puede señalar el hecho de que la inauguración de las primeras salas de exposición de El Museo Canario tuvo lugar dos días antes del fallecimiento de Dolores Millares, por lo que su padre, impulsor de la institución, que no había podido disfrutar de la creación de esta sociedad científica por los motivos que se han señalado, se vio también privado de estar presente

en los actos organizados en aquella ocasión histórica, pues se hallaba velando las últimas horas de su hija.

El otro hijo del fundador que publica un poema en las páginas del primer número de *El Museo Canario* es Agustín Millares Cubas. Titulado en Derecho y en Filosofía y Letras, formó con su hermano Luis un tándem literario que era conocido como “los hermanos Millares”, autor de numerosas obras costumbristas. En esta ocasión también escoge una óptica funesta, y con el título “Á mi madre” ofrece un poema libre, de rima asonante, compuesto por tres cuartetos de pie quebrado. La calidad literaria queda, en este caso, supeditada a la sensibilidad del hijo amoroso que teme la muerte de su madre y le promete devoción eterna, aunque lo hace de manera ciertamente prematura, pues la madre de los once hermanos Millares Cubas, Encarnación Cubas Báez, habría de fallecer treinta y cinco años después, en 1915.

Entre los poemas de Nofnas y Agustín Millares se inserta otra composición poética, en este caso firmada por José Alemán y Talavera. Poeta también muy desconocido, José Alemán había emigrado a Cuba a mediados del siglo, y allí había compaginado el duro trabajo físico con su propia educación cultural autodidacta<sup>8</sup>. No será extraño ver su nombre al pie de algunos poemas publicados en la revista *El Museo Canario* después de que en este número inaugural se estamparan los versos de “Tinguaro”, un soneto épico dedicado a este caudillo guanche nacido de la creación literaria de Antonio de Viana a partir del personaje histórico de Chimenchia, hermano del mencey Bencomo.

A continuación de este apartado de poesía, la revista inserta el primero de una serie de extractos de un diario de viajes por Europa, titulado “Notas de un viaje por Suiza, Francia y España en 1878”. Se trata también, en cierto modo, de una prolongación de la sección literaria de la publicación, puesto que el relato puede enmarcarse en la mejor tradición de la literatura decimonónica de viajes, con sus ingredientes

<sup>8</sup> “Nuevo vate canario”. *El país, periódico de intereses materiales, noticias, instrucción pública, literatura y comercio* (Las Palmas de Gran-Canaria, 22 de febrero de 1867), p. 2.



románticos, científicos y sociales. Su autor no es otro que Amaranto Martínez de Escobar, abogado, poeta y secretario de El Museo Canario, que en aquel momento se encontraba aquejado de una enfermedad respiratoria para la que le habían aconsejado unas curas en algunos balnearios europeos.

Las notas de viaje detallan el periplo que inició don Amaranto el 23 de mayo de 1878, cuando zarpó de Las Palmas en el vapor francés *Meurthe* acompañado por el relojero suizo Juan Bonny, que se dirigía a visitar a su familia en Neuchâtel. El buque, de la Compañía de Navegación Marroquina y consignado por Tomás Miller e Hijos, era asiduo de nuestro puerto desde su botadura en 1875, y en esta ocasión salía con una carga de cochinilla y otras mercancías y preveía una escala en el puerto de Arrecife antes de seguir para Marsella. Precisamente esta escala inicial es la que pone fin a la primera entrega de las notas, en la que el autor se devana en describir la miserable situación de los lanzaroteños a causa del hambre, la sed, la emigración y la ineficacia de los responsables políticos. La defensa acérrima de las clases desfavorecidas y la exigencia de unas condiciones de vida dignas se abren paso así en el órgano de comunicación de El Museo Canario por primera vez, pero no será la última.

Las páginas finales de la revista recogen una sección que también será habitual. Bajo el título “Revista quincenal”, y a la manera de crónicas comentadas de la actualidad, repasa temas variados de interés general presentados con la visión subjetiva de un firmante que se esconde tras el pseudónimo *Mauricio*. En realidad se trata del mismo Amaranto Martínez de Escobar, que utilizaba este alias con cierta frecuencia en la prensa local. En esta primera ocasión, Mauricio anuncia su intención de repasar quincenalmente los acontecimientos, buenos y malos, sin más cortapisa que el ruego que se le hace desde la redacción de la revista de no meter en problemas a la institución. Con este único freno, el cronista reflexiona sobre la referida exposición provincial que se preparaba para 1883, sobre las recientes y graves inclemencias del tiempo, sobre

algunos planes urbanísticos anunciados por el general Weyler, sobre la conveniencia de celebrar cada aniversario de la conquista de Gran Canaria y la posibilidad de cantar al mismo tiempo la gloria de los que resultaron vencidos... En definitiva, con un tono jocoso y parapetado tras un pseudónimo que no engañaba a nadie porque era conocido de sobra, don Amaranto desmenuzaba las noticias y animaba al lector a cuestionarse los asuntos cotidianos con un sano y punzante espíritu crítico.

\*  
\* \*  
Por lo demás, el correo de ayer ha venido escaso de noticias. La gran novedad que me ha dejado patitieso es la de haberse tomado en consideración en el Senado una proposición sobre creación de escuelas de tauromaquia.  
¡Se salvó el país!

MAURICIO.

### Bibliografía

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, Myriam. “Dolores Millares Cubas (1852-1880): poesías de Nofnas”. *El Museo Canario*, LX (Las Palmas de Gran Canaria, 2005), pp. 231-260.

MILLARES TORRES, Agustín. *Notas y recuerdos dedicados a mi esposa e hijos: 1826-1896. S.l.: s.n., (ca. 1950).*

NARANJO, Mari Carmen. “El debate del nacimiento del Museo Canario”. *Canarias 7* (Las Palmas de Gran Canaria, 27 de noviembre de 2016), p. 28.

REGUEIRA BENÍTEZ, Luis. “El Museo Canario: ciencia y progreso en medio del Atlántico”. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, nº 35 (2017), pp. 729-744.

**Autor de la ficha:** Luis Regueira Benítez  
(Bibliotecario de El Museo Canario)